CONCHA ZARDOYA

PATRIMONIO DE CIEGOS

Devenir

DEVENIR/EL OTRO

1. Rubén Darío. *El oro de Mallorca*
2. Jesús Alonso Burgos. *Formas simbólicas de lo religioso*

Devenir

Colección de poesía

12. Andrés Javier Villa. *Las bregarias*
13. Artur Lundkvist. *La imagen desnuda*
14. Manuel Álvarez Ortega. *Gesta*
15. Enrique Villagrasa. *Olas a la deriva*
16. Manuel Morán González. *Pasión y muerte de un heroinómano*
17. Jesús Hilario Tundidor. *Mausoleo*
18. Ingemar Leckius. *La huella abrupta*
19. Visi Beato. *Abandonar el olvido*
20. Antonio L. Bouza. *Hospicio de Sodoma*
21. Santiago Montobbio. *Hospital de inocentes*
22. Vicente Rincón. *Poemas de amor en el tiempo*
23. Luis Moliner. *Balada de la misericordia*
24. Luis Sánchez. *Incienso en lluvia*
25. Juan Bustamante. *Capadocia*
26. Fidel Villar Ribot. *Memoria del deseo*
27. José Belmonte. *Secretos de la memoria*
28. Andrés Javier Villa. *Elviremas*
29. Javier Peñas. *Non plus ultra*
30. Miguel Cabrera. *Noche contra noche*
31. Fanny Rubio. *Dresde*

DEVENIR, serie poesía/53
Colección dirigida por Juan Pastor

CONCHA ZARDOYA

PATRIMONIO DE CIEGOS

Primera edición: Marzo 1992

© Concha Zardoya
© De la presente edición:
Juan Pastor, editor
Apartado 35
28960 Humanes de Madrid
(Madrid)
ISBN: 84-86351-33-2
Depósito legal: M. 11.644-1992
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

I. FESTIVAL DE LA IMAGINACIÓN

TRANSVISIÓN AURORAL

BRASA viva, la aurora algunas veces:
ardiente sol —gran ascua—
del nocturno misterio va emergiendo.

Los ojos, ya despiertos, no se asombran
de esta hoguera sin leña:
no crepita, luciente, transformándose.

Invisible pintor va por el cielo...
Los rubíes inventa,
purpúreos resplandores, solferinos...

Tintorettos carmines se diluyen
en violetas y malvas,
en ópalos traslúcidos, suavísimos.

¿Transvisión de un *Inferno* apocalíptico
—evocación dantesca—
que en belleza final se transfigura?

Se abre paso la luz... Gloriosamente,
ya reina en la mañana:
esplendor de la vida triunfadora.

MEDUSAS

HAY medusas que pueden ocultarse
al traslucir en aguas siempre límpidas.
No sabemos que existen en un reino
de submarinos seres luminosos.

Envenenan —tal vez— a nadadores
que buscan las madréporas hondísimas.
¿Otras valvas asilan a los náufragos
que ansiaban un refugio sin hallarlo?

Tentáculos enredan cabelleras
en algas y corales... Ahogados
subyacen insepultos en sus criptas
sin lápidas ni cruces y sin nombre.

Asesinas medusas oceánicas,
sumergidas, navegan transparentes:
van en busca de jóvenes ulises
que entregaron al mar sus cuerpos bellos.

LOS PASOS EN LA NIEVE

NAVEGAN las pisadas
—mar de nieve—,
rectilíneas, sinuosas,
ahondándose.

Desnudos arbolillos
dan su sombra
a los surcos abiertos
y que avanzan.

Se entrecruzan las sendas
de los pasos:
los niños las dibujan
con sus juegos.

La blancura extasía...
Las pisadas
improvisan escenas
invernales.

Abstracciones parecen
de pinceles
que pintaron el lienzo
de su sueño.

MINOTAURO

MINOTAURO rebelde no se entrega
al heroico Teseo que lo lidia:
toro y hombre, incorruptos, circuncisos,
en sus lares de Creta se defienden.
Indivisa, la sangre se arrebata
en frenesí de furia. ¿Es maligna?
¿Y quién nos duele más en la tragedia?
¿A quién compadecemos o lloramos?
¿A Parsifae? ¿Minos con su ultraje?
¿Al monstruo que devora —devorándose—
humana carne suya condenada?

EL HOMBRE-PIANO

ES instrumento vivo
tu cuerpo en la simbiosis
de música y de sangre.
Se acuesta, se levanta,
se sienta y acaricia
con misteriosos dedos.
Baila, salta, resopla,
transpira, enajenado,
con sus manos conjuntas.
Dobles pianos resuenan,
siendo uno el que tocas,
reflejando bemoles.
Son espejos las claves
que improvisan leyendas
de mágicos sonidos.
A nuestro siglo adviene
el gran Bach con sus fugas
que enjubilan y exaltan.
Tal ráfagas, a veces,
barres nubes de sombras,
de notas oscurísimas.
Y la *Suite* española
se hace sangre consciente
de raíces profundas.

Hombre-piano tú mismo,
no delimitas orbes
ni soñadas fronteras.
Piano vivo humanado,
interpenetras almas,
oídos, diapasones.
¿Escuchamos o vemos
la música perfecta
que divaga o trasluce?
Un pianista... ¿Vihuela,
violoncello barítono,
arco-iris, saxófono?
Hombre-piano, Keith Jarret,
irrepetible músico
que a nadie se parece.

ISÓCRONAS CORNETAS

ISÓCRONAS cornetas al unísono
improvisan sus dúos, lluvias lentas,
relámpagos y truenos concertados
con asombros y dudas, transfusiones
de sangre que se inhala y fosforece.
Intervalos purpúreos, alargándose,
dilatan corredores infinitos.

Los intervalos mágicos se rompen
en cristalina fuente de vidrieras
y azules rosetones ya sin pétalos.
Las fugas —contrapuntos— de los órganos
ascienden liberadas de las cúpulas:
los angélicos cónclaves celestes
improvisan su orquesta en las estrellas.

MÓNADA

MÓNADA de soledad y desamparo
—menos que gota de agua evaporándose—
en la selva —perdida— de las cifras
que devoran el alma,
ilusiones de viajes o cruceros
a nórdicos países...
Atónita, renuncias
a ser persona viva, pues no entiendes
de sumas o de restas, divisiones...
Condenas, alguaciles... ¿Justicieros?
¿Quién pudiera eximirte de ser nadie?
Humano cero, sufres
tu oquedad y tu nada de ser número.

TRANSMUTACIONES

SEMI-DORMIDA estás,
despierta casi...

¿Ensueñas tú, sonámbula,
que hay rejas en el cielo
o quizá jaulas
simbólicas de cárceles
urbanas, manicomios?
¿O simples fantasías
dibujan sus esponjas,
sus cactos heridores,
blanquísimos jazmines?

Semi-dormida estás,
despierta casi...

Un árbol amarillo
está girando...
Pareciera campana
si sonara en su danza.
Pareciera una copa
de cristal luminoso.

Un muro de cemento
ahora se desploma
sobre una mano viva
que quiere sostenerlo:
la roja sangre brota
en hilos de la herida
y tú no sabes cómo
restañarla en tu sueño.

¿Caballos que devoran
azules mariposas
o libres avecillas?
¿Qué bélicos deseos
se desatan e inmolan
las vidas inocentes?
¿Los sacrificios míticos
resurgen y amenazan?

(Transmutaciones simples,
la atracción de contrarios,
la rebeldía súbita
de obvias permanencias,
de instintos naturales.)

La subconsciencia es nido
de herencias muy antiguas:
antepasados tuyos
—la secular progenie—
vivieron o inventaron
lo que sueñas dormida
o ya despierta.

EXPOSICIÓN

NI grecos ni Velázquez
nos dan la bienvenida
con lejana mirada desde espejos
de niebla profundísima.
No hay goyas ni picassos asomándose
con ojos que traspasen o perforen
la piel de los que llegan, sin herirlos
sus chispazos de genio irreverente.
Y Miró no interfiere con su risa
de niño juguetón iluminado.
Y Tápies, insepulto, no subyace
entre cales o gredas para vernos.

Novísimos colores nos asaltan,
algarabías múltiples
sin diseño preciso,
las inventadas formas de amuletos
que no existieron nunca.
Distorsiones, cromáticas metáforas,
dudosas espirales, humaredas,
fogatas invisibles,
iconoclastas gritos agudísimos,
pura sangre vertida en lienzo blanco,
negros sauras ardientes,
vertiginosos círculos...

En la sala vacía,
los cuadros —expresivos—
inician ese diálogo
que entienden sólo ellos...
En rincones, testigos
somos ya de monólogos
que cruzan el espacio sin oírse.
Si cerramos los párpados atónitos,
quizá se nos revele
lo que dicen los signos enigmáticos,
las sombras y las luces explosivas:
el tácito mensaje
de abstracciones y sueños imposibles.

FESTIVAL DE LA IMAGINACIÓN

EL «nunca» es imposible para quienes
dialogan con las zarzas encendidas
o carbones profundos
que trasvuelan espacios de la muerte.
Las ocultas raíces de los bosques
entrelazan los sueños con las frutas
que brillarán redondas como astros
o relojes sin tiempo en sus esferas.
Los ojos tienen manos y aprehenden
las edades del hierro más antiguo,
los exiliados ecos, transparencias
que arden todavía en la memoria,
en el cristal difuso del recuerdo.

Existen, sí, los «nuncas» subreales
y devienen presencias libertadas
que meditan, inventan, transfiguran,
superponen antígonas y novias,
los paisajes equívocos, jardines
abstractos de la mente alucinada.

El «nunca» nos afirma festivales
de imaginarias bodas enigmáticas
y subterráneos éxtasis.

II. LA TORRE INCLINADA

(Homenaje a René Magritte)

LA TORRE INCLINADA

EN el muro la torre se inclinaba
—¿de Pisa, de Bolonia, en playa belga?—,
apenas sostenida por la pluma
de un cisne alucinado que escribiese
poemas no leídos todavía.
Luminoso paisaje era el fondo
de aquel símbolo bello e inquietante:
sin nubes —los enigmas— en su cielo.
¿La clara poesía se insinuaba
en mármol circular que no caía,
periclitando siempre sus columnas?
Sin entender apenas el mensaje
subreal que pintabas inspirado
con lírico pincel y colorido,
admirábamos todos su misterio.
Poetas ciegos éramos, poetas
con los ojos alzados invidentes,
por el velo cubiertos de la duda.
Y sólo descifraban tu elocuencia
los pájaros azules que venían
a soñar en la torre imaginaria.

LA PUERTA-VENTANA

RECORTAS la madera de la puerta
para ver un gran árbol hecho hoja
con nervaduras-ramas sin follaje
ni gravitantes frutos.

Siempre abierta mirada al azul cielo...
Cerradura no hay, tampoco párpado
que encubra alguna vez este paisaje
nunca ya transferible.

Son el marco el umbral y la moldura
que encuadra la ilusión tan verdadera:
arenilla dorada donde crece
verde hierba sin sombra.

Si cerramos los ojos, sigue abierta,
sin cristal —¿o con él?—, para que entre
el aire que liberta y apacigua,
el sol de la mañana.

A TRAVÉS DE LA PALOMA

VES el cielo a través de la paloma,
esas viajeras nubes argonautas
que pueden ser perfil de su cabeza.

Abajo, suena el mar... El oleaje,
con ondulada cresta, se aproxima
a playa que no vemos por remota.

El alto firmamento se oscurece...
Abre luz la paloma con sus alas:
un cielo azul y nubes que transmigran.

HAY ÁRBOLES CON MUSGO

HAY árboles con musgo que parecen
petrificados brazos ya verdosos
y graníticos,
alzándose a la luna que los besa,
indefensos, clavados en el limo.

El rostro luminoso los persigue,
uno a uno en el bosque sin neblina
tutelar
que los salve de tanta impregnación
inrequerida, pálida caricia.

Y a sus pies los reflejos son monedas
de luz redonda, táctil, que han caído
en la noche
como prueba de amor... ¿Es mercenario
ese deseo astral o sólo dádiva?

Ya palpamos los troncos, las cortezas
de vegetales saurios que no vemos,
piedras casi
para las manos nuestras sensitivas:
seco musgo, escama de los siglos.

Nos exhorta la luna y nos exilia
del arbóreo dominio milenario
donde reina,
insomne, ella sola y en silencio
que apagan nuestros pasos evadidos.

EL PAISAJE NO EXISTE

EL paisaje no existe: tú lo inventas
en la hondura sin fondo de ese marco,
sin lienzo, sin papel ni tabla viva.

En verdinegra sombra todo cabe:
alamedas y prados, manantiales,
los ciervos que allí beben y respiran.

El cazador furtivo puede herirlos
para adornar después sus muros libres
con ramajes de nobles cornamentas.

El vacío rectángulo su espacio
de libertad ofrece a quien se abstrae
y en él las nubes pinta fugitivas.

No están allí... Están en su memoria:
en ella prefigura sin cansarse
nuevos prados y ciervos y arboledas...

En el marco, vacío, puede el bosque
crecer y recrecer en primavera,
ser fogata, después, en el otoño.

Cuando llegue el invierno con su nieve,
dibujará sus pasos al hundirse
en la blancura última del día.

EVASIÓN

ROMPAMOS el cristal... Él nos separa
del paisaje que amamos...

¿Lo retratan, ahora, los fragmentos?
¿Hay un árbol en uno?
¿Hay en otros el césped delicado
que pisar no quisimos ayer tarde?
¿Un pedazo de cielo, de gris nube,
divaga por la casa con tristeza,
ausentes rebuscando por el suelo?

¿Recomponer podrían rotos vidrios
esa imagen real que sólo el rayo
sabría destruir en la tormenta?

La barrera no existe...
Solo, fuera,
el paisaje suplica que vayamos
a sentarnos allí, bajo los árboles
y con ellos estar hasta que venga
la noche y nos recoja.
En la casa
los cristales aguardan todavía,
ya sin nubes ni cielo, apagados.

LAS CABEZAS VELADAS

LAS cabezas veladas hoy se besan...
No llegan a rozarse las bocas que se aman.
¿Un hálito transmiten para unirse?

Un fondo verdeazul es el testigo
del encuentro amoroso que ese velo soslaya,
como hipócrita juez de ley antigua.

¿Quiénes son los amantes que se cubren?
Sus anónimos rostros perfiles nos sugieren
que nunca podrán ser los fidedignos.

No declaradas bocas, tras el velo
que separa y acerca aún más a los labios,
doliente gasa gris que las protege.

Descubiertos, ¿serían más hermosos
los rasgos que ensoñamos, impacientes y serios?
Doble enigma trasciende identidades.

EL PALACIO DE LAS CORTINAS

¿CORTINAS en ventanas que son féretros
de cielos y de árboles rugosos,
de nubes que se van a su trasmundo
y no verán los pájaros cansados?

Hay pliegues, sí, y arrugas de tristeza.
Hay dobleces que finjen ser ramajes.
Hay linos amarillos como espigas
por segar todavía, ya doradas.

Quizá sean siluetas con rebordes
de mantos enlutados hoy irguiéndose
para buscar sus muertos que se han ido
a un más allá de luces y de sombras.

Profanados sarcófagos desvelan
un más acá invisible para quienes
no sabemos mirar lo que está lejos:
detrás de la cortina transparente.

LA ESTATUA HERIDA

UNA herida en la sien... El rojo surco,
abierto desde dentro, se desliza
hacia afuera manchando la blancura
de la virgen estatua, inmolada.

Contra el muro, su sombra... ¿Quién la ha herido?
¿Por amor o despecho? ¿Sólo meta
de cazadora mano vengativa?
¿Una diosa por celos de hermosura?

¿Con estilete, dardo, rauda flecha
se perforó la bella y tersa frente
de una mártir Andrómeda insalvada?
¿Un tirano de Atenas dio la orden?

Decapitada yace en negra tierra...
¿Esperando su cuerpo que ha perdido?
Con los ojos cerrados, su secreto
oculta para aquellos que se atreven
a preguntar el nombre del culpable.

Un cintillo recoge sus cabellos
que pudieran cubrir la herida abierta.

El perfil se dibuja ensombrecido
en la piedra del muro que atestigua
el homicidio cruento de la estatua.

Sólo sé que nos duele el sacrificio
de la joven belleza asesinada.
¿Por qué y para qué la cruel sentencia?
Sobre el blanco, el rojo casi crispa.

Herir la perfección o destrozarla
es crimen que un poeta no comprende:
el verso —en su memoria— lo condena,
grabando la tragedia en sus símbolos.

CORAZÓN INVISIBLE DE LA PIEDRA

RODÓ de la montaña con la luna
alumbrando su vértigo: huía
de solitaria cumbre, de las águilas
que envidiaba su cuerpo de granito.

Y saltó los arroyos, manantiales,
los árboles taló, rompió sus ramas
que acariciar quería dulcemente.
Lluvia de hojas dejaba por su paso.

La carrera cesó: estaba quieta
al fin y sosegada, sin esquirlas
agudas, ya redondo su gran bloque
por otros rudos riscos cincelado.

Aquí está... Tú la palpas con ternura:
su honda soledad has entendido
y su imposible ensueño de estar viva
como un lagarto gris o un suave osezno.

Un crujido denuncia que algo late
por dentro de la roca, prisionero.
Algo sufre o se queja en su intramundo,
inerte gravidez, anhelo íntimo...

Corazón invisible de la piedra
que quisieras oír en su silencio:
presentir en su sílice compacta
sus remotos milenios de granito.

Si pudiera temblar, comprenderías
que aún recuerda el vuelo de las águilas,
el aleteo dulce de los pájaros,
aquel último aire de las cimas.

UNA NUBE EN LA COPA

UNA nube en la copa se ha posado
como espuma: es centro del paisaje
que montañas azules, en el fondo,
presiden y altifican.

El redondo cristal es luna casi
o bóveda insinuada, transparente,
al rebasar sus límites convexos
y nebulosa nieve.

Parecería un árbol de blancura
—su tronco, su ramaje, puro vidrio—
si quisiera soñar nuestra mirada
o subconciencia íntima.

A disociar los ojos no se atreven
ubicuas realidades verdaderas
de diferentes mundos: césped nace
al pie de la gran copa.

Hundirnos y flotar en esa espuma,
alucinados ver en qué materia
y comprobar allí si sólo es nube
o vaguedad del aire.

EL MAESTRO DE ESCUELA

DE negro, da su espalda a quien le mira,
a quien quisiera ver qué rostro tiene,
o el color de sus ojos, ceño triste
o lánguida sonrisa inexcrutable.

¿Al decrecer, la luna le interroga
en el oscuro cielo de la noche,
qué ha enseñado, qué aprende todavía?
¿El astro le conoce y no nosotros?

La ciudad, a lo lejos, y algún árbol
dibujan su silueta que oscurecen
el abrigo, sombrero cincunvexo.
¿El perfil, taciturno o melancólico?

Nos dicen que este hombre es un maestro...
Pudiera ser tan sólo un ciudadano
que sale a pasear, a ver la luna
menguando lentamente en el crepúsculo.

La incógnita del rostro se nos abre...
Suposiciones múltiples sugieren
identidades libres, redimidas
de toda conclusión siempre enigmática.

MANZANAS CON ANTIFAZ

¿su corazón encubren las dos frutas
con un malva antifaz, innecesario?
¿Su verde inmadurez y el imposible
amor que las atrae?

Las hojas del manzano les da sombra:
no puede el sol dorarlas todavía.
Las miradas sin ojos al vacío,
duales, interrogan.

Mesa, playa de arena, indecisas,
redondeces sostienen y equilibran
magnificados rostros que parecen
amarse, misteriosos.

¿Cuál rito enlazaría las sortijas
que en el mar se extraviaron o en el cielo?
¿Un sacerdote ausente las bendice
con una mano incógnita?

RECUERDO DE VIAJE

¿ATRAVESABA Utah, Salt Lake City,
Las Vegas en Nevada o ese Valle
del Sol, o Colorado, Nuevo México...?
¿Las tierras de Mormones o de Indígenas?
La memoria confunde los lugares,
los nombres y las fechas, mas recuerda
que era un día gris opalescente.

Un macrofruto inmenso iba rodando
por vía paralela a los raíles,
sin detenerse nunca... Su materia
—sal helada quizá, basalto duro—
era bola estelar que circulaba
por el planeta nuestro, nunca atónito,
jamás ensimismado, sólo absurdo...

Su cósmica apariencia —¿sol ya muerto,
aerolito extraño, disgregado
de un orbe ya perdido?—, no celeste,
edades insinuaba geológicas
aunque no vistas nunca sino en sueños...
Rodaba silenciosa la gran poma
de compacto granito amenazante.

¿Pudiera ser naranja desterrada,
huída del Jardín de las Hespérides?
¿Petrificada, luego, por malignos
dios o diosa, avaros de sus frutas,
sagradas posesiones mitológicas?
¿En rebelión insólita de siglos,
venía a refugiarse en nuestro mundo?

III. EL TRIUNFO DE PERSÉFONE

VÉRTIGO

(Para Acacia Uceta)

CAMINABAN tus pasos avenidas,
interminables calles de edificios
que tocaban el cielo y lo asfixiaban
con infinitas torres de cemento.

Una azulada cinta en lo más alto
era muestra de vida y transparencia:
mirarla, desde abajo, daba vértigo,
era náusea fugaz de la premuerte.

Desfallecía el cuerpo... Ya los ojos
ignoraban, subiendo, magnitudes.
Alturas, hacia arriba, se invertían:
eran cumbres, montañas, precipicios.

Mirabas otra vez... Te desmayabas
lentamente, perdida, ahogándote,
sobre grises asfaltos inhumanos...
Los ojos trashumaban en silencio.

(Manhattan)

CIRCULARES BARANDAS

CIRCULARES barandas
son anillos que vuelan
—sin volar— de la plaza,
ese ruedo de luces
y de sombras audaces.
Soles, lunas, estrellas
—la clepsidra del tiempo—
se inscriben o se irradian
en maderas y cales,
entresoñando vidas,
antepasados muertos,
ceremonias vernáculas.
Al mirarlas, recuerdan
las pestañas humanas,
los párpados abiertos
que no se cierran nunca.
Calladas, testifican
las bodas seculares,
los nuevos nacimientos,
también nuestra venida...

(Chinchón, 25-III-89)

BARCA VARADA

ESTA barca varada
—con su mástil desnudo y sin la vela
que sabía volar y deslizarse,
oponerse valiente al barlovento—
aguarda a quien la guía
hacia el mar de los peces
nacarados y azules...
Su desvelo vigilan
acantilados rojos
y un pino solitario.
Tranquila, sin embargo,
se adormece esperando.

En el fondo las redes
anhelan desdoblarse
por amor a las olas...
Acaricia mi mano la madera
con salitre marino que se adhiere
a mi piel, a mi olfato,
y recuerdos me trae
de mi lejana infancia:
encallados veleros
en rocas que habitaban
alcatraces, gaviotas...
Y trasueño naufragios olvidados...

Vendrá la marejada,
quizás el viento suave...
Y zarpará llevándose
la caricia que dejo
en su proa salobre:
mis augurios felices
por un fácil retorno.
Y ya mi mano sueña la caricia,
vieja y nueva, secándose
bajo el sol en la playa
Calahonda de Nerja.
Esta barca varada...

AVARICIA

DOS caballos que pastan hierba húmeda,
cerca de pinos bajos y alhucema...
Gris y blanco... ¿Pareja que se goza
en el puro vivir? ¿Son sólo amigos
que han venido a trotar y solazarse
en el prado andaluz, su territorio?
Y relinchan a dúo, retozando
con la belleza noble de su especie.
Oídos y mirada en doble pasmo
acechan desde lejos su hermosura
de espuelas y de riendas liberada.
Profecía feliz tú reconoces,
ajena a las ciudades, en el campo
que sabes para todos y es dominio
de alguien que no viene a contemplarlo:
patrimonio de ciegos irredentos.
Los caballos se alejan poco a poco...
En silencio, vacía, la pradera.
La escena y su transcurso tu memoria
—avara— guardará como un tesoro.

LA ÚLTIMA COSECHA

UN puñado de tierra
en mi mano sopeso:
leve polvo de España.

Desleída, sin grumos,
casi blanca, grisácea:
arenilla en silencio.

Sin raíces ni polen,
ni simiente de trigo,
en mi cuenco de sangre.

La atesoras y sientes
un palpitar lejano
de rojas amapolas.

Pasa el viento y no sabe
que esta tierra se guarda
para cosechas últimas.

PERSÉFONE

HAS llegado, Perséfone, de nuevo.
Te veo en las celindas que retoñan,
en esas florecillas de los prados.

Saluda la retama tu venida
con chispazos de oro reluciente,
anunciando tus ritos jubilares.

Se reconcilia el día con la noche
en un alba más clara y más temprana
por verte amanecer en la arboleda.

Su sinfonía el río ya concierta
con pájaros venidos de muy lejos:
armonizan los bosques sus preludios.

Y reinas sobre el alma que esperaba
florecer dulcemente como un árbol:
retronacen sus años al pasado.

Y canta el corazón en nuevas horas:
le inspiras, tutelar, la dicha inédita
de vivir todavía para verte.

IV. SI NO AMARAS LA VIDA

SEMILLAS VENENOSAS

(A la memoria de Josefina Manresa)

AMAMANTASTE a un hijo y ese pecho
—en que el amor bebió y vida múltiple—
antes que tú se fue del mundo, solo:
deshermanado hueco fue su herencia.

Mas los años pasaban... No sabías
que una raíz extraña, recreciendo
en la hondura remota de tu sangre,
con maligno beleño te inundaba.

En árbol de dolor te convertiste:
amargos frutos daba su ramaje,
semillas esparciendo venenosas.

No querías morir... Ay, esperabas
algún don salvador que aniquilase
aquella mordedura de serpiente.

¿QUÉ DICE LA METRALLA?

su mensaje de muerte
se hace sangre:
esa herida mortal
en estallido múltiple.

Desvanecido joven ha callado
su queja, su protesta
de ser víctima.

Flores últimas, llantos,
le acompañan
a la paz verdadera de la piedra.

La bárbara metralla
rompe vidas...
¡No puede asesinar jamás los símbolos!
Alegoría cruel,
crucifixial retablo de guernicas,
más allá de la muerte y del silencio.

COMO HIERBA INSOÑADA

CON voz blanca, delgada,
no llega a formularse
la última palabra
del que muere
o van a fusilar
junto a un muro sin nombre.

La imaginamos blanca,
como un vaho, trasaire
que evapora el aliento
de la angustia:
hablar quisiera el alma
que vivir aún sueña.

No llega a dibujarse...
Palidece y se borra
como niebla levísima,
inaudible.
¿Ningún piadoso dios
ha de escucharla nunca?

LA MIRADA VACÍA

TU corazón cesó y tú caíste
como piedra inhumana sobre losas:
tu mirada vacía nos miraba,
sin verte resbalando de los brazos,
de nuestras pobres manos impotentes.
Tus ojos, detenidos en un punto,
no seguían los nuestros ni advertían
aquel llanto callado ni sus lágrimas
asomándose íntimas... Cerramos
para siempre tus párpados: estabas
en un mundo de sombras enemigas,
un inmenso vacío del que nunca
hablarás...
Sin imágenes
nuestras, del mundo vivo que tú amabas,
tu soledad recrece en esa oscura
infinitud del pétreo silencio,
de la ceguera póstuma.

LA DUDA EXISTE

ENTRE el ser y no ser la duda existe.
Obstinada, desdice lo que afirma,
el amor, la ternura, sensitivas
sapiencias de las almas, del espíritu:
la sinrazón expone su dialéctica.
Quisieras desmentirla con sofismas,
con voz del corazón y convincente
verdad irrefutable o su destello.
La palabra es equívoca y engaña:
desazona su ambigua transparencia
siempre oscura,
sus espejos de sombra inacabada.
Bicéfalos vocablos cohabitan
espacios interiores, criptas hondas,
confusas sinonimias que adivinas
por intuiciones mágicas y soplos
de los dioses.
Intravidas ocultas transparecen:
nunca sabes qué son ni lo que han sido.

SI NO AMARAS LA VIDA

«Creo
que mientras ames no podrás morir.»
HÖLDERLIN: «Buena opinión»

HACIA el cielo creciendo van los ojos
en busca de esa luz que no se acaba
detrás del horizonte.
Suave dicha de ser un soplo de aire,
ingravidez que asciende y se liberta
de llantos y nostalgias.

Crïatura mortal que su tristeza
callada abandonó en el camino
sobre una piedra gris,
como un ropaje antiguo desechado:
vivencias, pensamientos, escrituras
y jóvenes deseos.

Y podrías morir —si tú no amaras
verdes campos y amigos que te quedan—
en la ascensión que sueñas.
Si no amaras poemas y la música
que duerme en violoncellos y en las arpas.
Si no amaras la vida.

ESE PAÍS

ESE país del alma,
del espíritu,
transverberada lumbre
inhabitada, cierta,
sin embargo,
más allá de las lindes
que no alcanzan
a ver los ojos vivos
ni a presentir, sensibles,
el tacto de las manos...

Más allá lejanísimo...

(¿Transfigurada esfera?
¿Un aire ya sin aire?
¿Un dónde que no es donde?
¿Desmemoria, quizá,
de todo lo vivido?)

Allí están los que amamos,
sin existir de veras,
libres ya de su sombra
y la ceniza última.
Presencias transparentes,

¿vigilan nuestros actos
y cada pensamiento?

Ese país, sin fecha,
nos aguarda
más allá de esta vida,
con todos nuestros muertos,
felices en su reino
y en su paz trascendente,
imaginada gloria.

(El Plantío, 1988-1990)

ÍNDICE

I. FESTIVAL DE LA IMAGINACIÓN 5
Transvisión auroral 7
Medusas 8
Los pasos en la nieve 9
Minotauro 10
El hombre-piano 11
Isócronas cornetas 13
Mónada 14
Transmutaciones 15
Exposición 17
Festival de la imaginación 19
II. LA TORRE INCLINADA *(Homenaje a René Magritte)* 21
La torre inclinada 23
La puerta-ventana 24
A través de la paloma 25
Hay árboles con musgo 26
El paisaje no existe 28
Evasión 30
Las cabezas veladas 31
El palacio de las cortinas 32
La estatua herida 33
Corazón invisible de la piedra 35
Una nube en la copa 37
El maestro de escuela 38
Manzanas con antifaz 39
Recuerdo de viaje 40

III. EL TRIUNFO DE PERSÉFONE 43
Vértigo 45
Circulares barandas 46
Barca varada 47
Avaricia 49
La última cosecha 50
Perséfone 51
IV. SI NO AMARAS LA VIDA 53
Semillas venenosas 55
¿Qué dice la metralla? 56
Como hierba insoñada 57
La mirada vacía 58
La duda existe 59
Si no amaras la vida 60
Ese país 61

32. Pascual Izquierdo. *En este fin de siglo*
33. José Gaitán. *Charol y seda*
34. Manuel Álvarez Ortega. *Código*
35. Santiago Montobbio. *Ética confirmada*
36. Damián Ximénez. *Pájaros Fluviales*
37. Juan José Cantón y Cantón. *Tromba*
38. Manuel Morán González. *Seis relatos casi como de amor*
39. Aurora de Albornoz. *Cronilíricas*
40. Alberto Torés. *La Entrega de los Vientos*
41. Antonio Legido. *Cuaderno de Ejercicio*
42. Rosina Ballester. *Notas de urgencia*
43. Antonio Enrique. *La Quibla*
44. José Chocrón Cohen. *Senderos de niebla*
45. Antonio Duque Amusco. *Ocre, violeta y gris*
46. José Membrive. *Reductos de silencio*
47. César Tomé. *La otra oscuridad*
48. José Carlón. *Poemas bárbaros*
49. Vicente Rincón. *Meditaciones de un crepúsculo*
50. Birgitta Trotzig. *Confines de la palabra*
51. José Manuel Regalado. *Los poemas del padre*
52. Miguel Florián. *Los mares, las memorias*
53. Concha Zardoya. *Patrimonio de ciegos*
54. Antonio Pérez Roldán. *El tiempo y la mirada*
55. Luis Sánchez. *Arcanos violines*

Concha Zardoya, Valparaíso (Chile, 1914), nació en un hogar español por los cuatro costados. En 1932 se trasladó a España, solar de sus raíces, residiendo en Zaragoza, Barcelona y finalmente en Madrid. Licenciada en Filología Moderna, ha impartido clases en Illinois, al mismo tiempo que obtenía su doctorado. A partir de entonces enseñó en la Universidad de Tulane, California, Yale, Indiana, Barnanard-Columbia y Massachussetts, regresando definitivamente a España en el año 1977. Su revelación como poeta corresponde al Adonais, donde publicó en 1954 su obra *Pájaros del Nuevo Mundo.* Después vinieron: *Demonio del llanto* (1947), *La hermosura sencilla* (1953), *El desterrado ensueño* (1955), *Mirar al cielo es tu condena* (1957), *La casa deshabitada* (1959), *Donde el tiempo resbala* (1966), y *Las hiedras del tiempo* (1972) entre otros, hasta sumar un total de más de veinte libros de poesía. Además ha cultivado el cuento, la biografía crítica y la historia literaria así como las ediciones de autores clásicos y traducciones entre las que destaca Walt Whitman y Charles Morgan.